

tos, en que las naciones no se hicieran la guerra, y en el cual los hombres, libres de los males que enjendran la miseria y la ignorancia, cumpliesen su indefinida existencia en la tierra.

El ideal de la ciencia es crear, porque quiere ser rival de Dios; si el hombre conociera todos los misterios del Universo y pudiera presentar al Sér Supremo sus incontestables teorías, Dios le diría:

—Aun cuando crees saber todo, no estás sino á la mitad de tu camino: para ser igual á mí te seria preciso crear una estrella y un gusano.

Abstraído con estos ensueños de lejana felicidad, con esta esperanza de soberanía indefinida, con esa edad de oro de la humanidad, que los poetas colocaron en las primeras épocas del mundo, porque los poetas son los hijos sublimes de la naturaleza, Jacobo Merey miraba con un estremecimiento de impaciencia los obstáculos morales y las vallas materiales que oponian los privilegiados para que se cumplieran los destinos del hombre en la tierra.

Dulce por naturaleza, y sensible, habia llegado al ódio por la senda del amor.

Amaba á los oprimidos y aborrecia á los opresores.

Dos ó tres veces habia encontrado al señor de Charelay, de manera que ninguna consideracion le debia, porque le era casi desconocido.

Verdad es que Jacobo Merey, génio superior y sin preocupaciones, no aborrecia á los hombres, sino á los abusos é ilegalidades sociales, de los que los nobles eran el modelo de lo viviente.

Rehusó el oro del castillo con el mismo desden que si hubiera sido la dádiva de un enemigo.

Aquella aparicion sombría de la Edad media feudal agitaba en su sangre plebeya recuerdos de ira; en aquellos antiguos muros veia las muestras de una dominacion que, si bien habia disminuido, duraba todavía, y se preguntaba qué poder seria capaz de desarraigar los titánicos restos de la raza conquistadora.

Desanimado entonces por los obstáculos que se oponen á las libertades de los pueblos y por la lentitud con que se caminaba hácia el progreso, se sumergia con desesperacion en los estudios de

IV.

De cómo el perro no es solo amigo del hombre, sino tambien de la mujer.

A la mañana siguiente recibió el doctor un mensaje del castillo.

El señor de Charelay, que se habia encerrado el dia anterior en su palacio; el señor de Charelay, que se vanagloriaba de ser un verdadero sábio, manifestaba en una carta, cortés sí, pero solo hasta el punto de no herir el amor propio, que dudaba del milagro de la víspera, por más que le hubiera presenciado.

El perro que habia entrado en su casa, llevando el espanto y el trastorno, ¿estaba rabioso?

Esta era la duda: que creyeran las gentes ignorantes en la fuerza de voluntad y la fascinacion de su mirada, nada más natural; pero era imposible que personas instruidas y de alta clase admitiesen tales consejas.

Sin embargo, como habia dado el doctor pruebas de energía y resolucion, esponiéndose á ser mordido por un perro, al parecer rabioso, creia de su deber enviarle dos monedas de oro, rogándole las aceptase como honorarios.

Jacobo Merey rasgó la carta y rehusó las monedas.

La ciencia no le preocupaba moralmente, porque la amaba solo con un objeto, y hácia el que se inclinaban todos los esfuerzos de su ingenio, los impulsos de su corazon: la filosofía del siglo XVIII y la felicidad del género humano.

Lo mismo que Condorcet, esperaba y adivinaba el momento lejano aun (pero que importaba), el tiempo en el que la razon del hombre perfeccionada descubriese las causas de los acontecimien-

la naturaleza, único asilo que la sociedad habia dejado á la ciencia.

Con frecuencia se internaba solo en lo más inaccesible de los bosques, y allí, grave, pensativo, como Edipo delante del esfinge, parecía interrogar al universo.

Su amigo más leal, más decidido, era el perro que habia salvado, y el que acompañaba en todas sus excursiones al doctor, cariñoso, paciente y obediente, cual si fuera la sombra de su pensamiento.

Esto daba lugar á que dijeran se habian visto hechiceros en la historia que tenian un génio familiar bajo la forma de un animal doméstico.

Un dia, en el que Jacobo habia salido muy temprano para herborizar, se encontró sin saber cómo, pues distraido habia llegado hasta allí, en el lindero de un bosque frondoso, impenetrable, como se ven aun en esa parte del Berri, verdadera selva de América, aunque en pequeño, en donde no se encuentra sendero alguno ni huella de pié humano.

Ya hemos dicho que al doctor le agradaba la soledad, y que anhelaba mancomunarse con la naturaleza; pero la profunda oscuridad que reinaba en aquel bosque salvaje, el aspecto amenazador de las yerbas y de las zarzas, cubiertas de culebras, la masa compacta de las rocas, cuyo verde musgo formaba notable contraste con el verde sombrío de los robles, todo aquel conjunto le sobrecogia, vacilando penetrar en el bosque, como los iniciados en los misterios de Eleusis acercarse y entrar en el templo, en donde les aguardaban las pruebas formidables y las tinieblas.

Pero en aquel instante se acercó el perro con movimientos extraños.

Lamía las manos del doctor y le tiraba suavemente por el frac como si le invitara á seguirle.

Jacobo Merrey estaba de acuerdo con los cabalistas, los iluminados y hasta con los historiadores en un solo concepto, en que los animales están dotados algunas veces del instinto de adivinacion.

Para Jacobo Merrey, los presagios, los augurios, esa ciencia tan antigua como el mundo, y en la que creian todos los sábios desde Homero hasta Ciceron, no era una quimera.

Creia que los animales, las plantas, los objetos inanimados tienen un lenguaje, y que ese lenguaje, intérprete de los elementos de la naturaleza, puede hacer advertencias saludables al hombre.

Y efectivamente, la fábula y la historia están conformes en esto. Baco, moribundo de sed, ¿no le debió á un carnero el descubrimiento de los manantiales del desierto, en rededor de los cuales florecen hoy los oasis de Ammon? ¿No fueron dos palomas las que condujeron á Eneas desde el cabo Misena hasta el ramo de oro oculto en las orillas del lago Averno? ¿No fué una cierva blanca quien á través de Palas Meotidas abrió el camino á Attila? Por consiguiente Jacobo Merrey siguió al perro, persuadido de que le guiaba algun objeto.

Efectivamente, el animal se internó en el bosque, y detrás caminaba el doctor trabajosamente, pues las ramas le azotaban el rostro, los piés desaparecian entre la yerba, no veía más que la cola del perro, brújula viviente, y solo oía el roce de las plantas y el roce de los reptiles que huían á su paso.

Después de caminar como un cuarto de hora, llegaron á un claro, en medio del cual, y apoyada en un añoso roble, se veía una choza.

El perro movió la cola gozosamente. La choza debia de estar habitada por un leñador ó un cazador furtivo, ó tal vez las dos cosas. Estaba situada en el centro de una selva que pertenecia al señor de Charelay; y ¿cómo el castellano, tan apasionado á la caza, permitia que un cazador furtivo viviera en una propiedad suya? Esto no podia ignorarlo.

Jacobo se hizo estas preguntas; pero la costumbre de sacrificar lo importante á lo secundario, hizo que prescindiera de la causa para ocuparse de sus efectos.

El perro empujó la puerta poniéndose de manos; pero como la presión no era suficiente, las dejó caer y con el hocico trató de abrirla, consiguiendo fuese lo suficiente para que el doctor pudiera echar una ojeada en el interior, en el que se notaba bastante aseó y bienestar.

Sentada en un escabel estaba una anciana hilando, y cerca de ella un hombre como de treinta años, y que debía de ser su hijo, limpiaba las piezas desmontadas de un fusil.

En la chimenea ardian algunos troncos, y delante se asaba un cuarto de corzo, esparciendo ese aroma apetitoso propio de la carne de venado.

Cuando entró el perro, la anciana dió un grito de alegría y el hombre dió un salto de júbilo: las caricias, los abrazos, los transportes fueron repetidos y conmovedores.

El perro contestaba á las interpelaciones con aullidos gozosos y como si comprendiera las quejas y se disculpara.

—¿De dónde vienes, pícaro, malvado? ¿De dónde vienes, vagabundo? le preguntaba el hombre.

—¿Qué has hecho durante estos quince dias, teniéndonos con la mayor inquietud? decia la anciana.

—Te creíamos muerto ó rabioso, lo cual es lo mismo.

—Gracias á Dios, estás bien: pobre Escipion, tiene los ojos más serenos que una gota de agua y más vivos que una luciérnaga.

—Debes tener hambre, bribon; toma, muerde.

Y ofrecieron á la oveja descarriada el resto de la cena de la víspera, festejado y acariciado como el niño pródigo al volver á su casa.

Pero Escipion, cuyo verdadero nombre acababa de saber el doctor, nombre que sin duda debía á un padrino más ilustrado que el leñador; Escipion, que al salir de casa de Jacobo habia almorzado bien, rehusó lo que le ofrecian, y entouces el leñador, al levantar la cabeza, vió á Merrey.

La presencia de un extraño parecia serle desagradable y frunció las cejas.

En cuanto á la anciana, sin lo tostado de su cútis se la hubiera visto palidecer.

Viendo la impresion extraña que causaba su aparicion, se apresuró á referir la historia del perro y el cómo lo habia salvado de las manos de los criados del señor de Charelay.

Una lágrima silenciosa se deslizó por la mejilla de la anciana y fué á caer sobre el lino de su rueca.

El leñador manifestó tambien su viva gratitud por el hombre que habia salvado á su perro, pero, sin embargo, conservó su expresion sombría.

El doctor, creyendo estar en la cabaña de un cazador furtivo, atribuyó su turbacion al temor de verse descubiertos, por lo que, sonriéndose con benevolencia, les dijo:

—Tranquilizaos, amigos míos, no soy espía del castillo. Aquel que es superior á todos los nobles de la tierra creó los animales para la subsistencia del hombre, no estableciendo diferencia entre el señor y el pechero; las leyes sociales han marcado las distancias, dando derecho de caza á unos y despojando de él á otros, sin respetar la promesa que hizo Jehová á Noé.

«Todo aquello que se agita en la tierra y en las aguas, os pertenece, dice el Señor.»

Pero en el momento en que Jacobo Merrey concluía su demostracion sobre los derechos de caza, universales é indestructibles, basados en las Escrituras sagradas, un espectáculo inesperado llamó su atencion.

En el extremo de la choza habia una alcoba, cuya entrada estaba cubierta con cortinas de sarga.

El perro las levantó y separó con su cabeza, y Jacobo vió en el fondo una forma inerte, miembros humanos que seguramente pertenecian á un niño.

—¿Qué es eso? dijo lanzándose hácia las cortinas.

El leñador se adelantó y replicó solemnemente:

—Caballero: si otro hubiera visto lo que vos, no saldria vivo de aquí; pero mi perro os quiere y os debe la vida, pues no solo le habeis curado, sino que sin vos le hubieran matado á palos, y como es mi único amigo, os dispenso; pero juradme que nadie sabrá nada.

—Olvidais sin duda que soy médico, dijo Jacobo Merrey soltando las cortinas, pero con el acento decidido de un hombre que desea saberlo todo, y que los médicos son como el confesor; por consiguiente, quiero saber quién es ese niño.

Los ojos del leñador perdieron su expresion amenazadora y se dulcificaron.

—¡Sois médico! es verdad, añadió pensativo; vos habeis devuelto la salud á mi perro y la vida, que estaba á punto de perder.

Despues añadió:

—¡Quién sabe! Tal vez lo que habeis hecho por un animal lo haríais por... Pero no, es imposible; repuso con abatimiento.

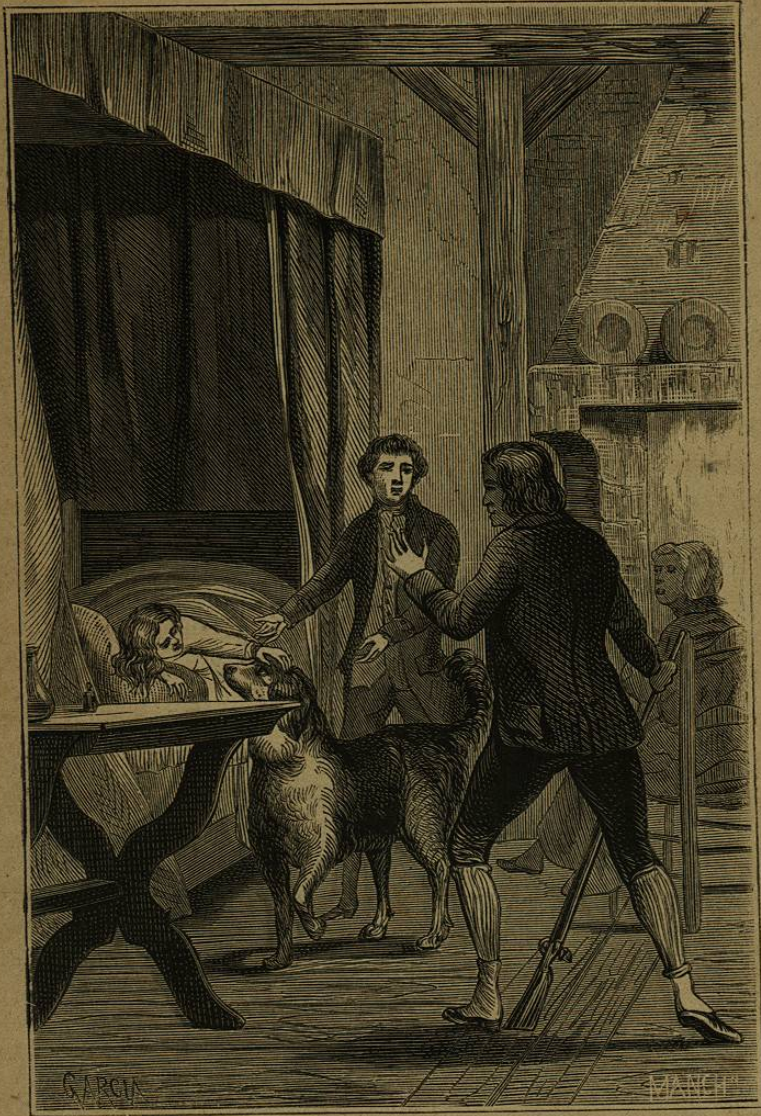
—Nada hay imposible, amigo mio, contestó el doctor; Jesucristo ha dicho: «Si tienes fé, aunque sea solo como un grano de arena, le dirás á la montaña: «Despréndete y arrojate en el mar,» y la montaña se desprenderá y se arrojará en el mar.» ¡Oh! la fé es el primer paso para la ciencia; el segundo es la voluntad. Querer es poder. Jesús añadió tambien: «El que tenga fé hará lo que yo hago.»

Sois cristiano, pues que veo á la cabecera de vuestra cama un crucifijo; por consiguiente, creyendo en los milagros, como católico, tal vez podré yo hacer uno apelando á la soberanía de la inteligencia sobre la materia.

Estas palabras eran incomprensibles para el cazador, pero despues de reflexionar un momento respondió:

—No comprendo vuestros racionios; pero, caballero, no puedo ménos de pensar que la Providencia os habria conducido hasta aqui si...

Se detuvo y tosió como si temiera dejar escapar sus palabras.



—¿Quién es esta desgraciada?

En que el doctor encuentra lo que buscaba.

Jacobo aguardó á que el cazador concluyera la frase empezada; pero como continuaba guardando silencio, le interrumpió diciendo:

—Esta es la Providencia que me ha conducido aquí.

Y señaló á Escipion.

—Verdad es que este animal ha sido siempre el defensor, el gé-
nio protector y hasta el proveedor de nuestra choza, y además...

—¿Y además, qué? preguntó el doctor.

—¡La quiere tanto!... Demasiado conozco que es una tontería
decirlo, pero los animales...

—¿Pero á quién ama Escipion? repuso Jacobo, dudando aun si se
trataba de la infeliz idiota.

—Sí; á ella, á la pobre criatura que está allí, contestó el cazador
dulcificándose y señalando con la mano las cortinas, detrás de las
cuales se agitaba aquella imperfecta forma humana.

—¿Pero quién es esa desgraciada?

—Una *inocente*.

Ya se sabe que lo que entienden los aldeanos por inocente son
los idiotas ó locos:

—¿Cómo, exclamó Merey, teneis en vuestra casa una pobre niña
en ese estado y no habeis consultado á los médicos?

—Antes de venir aquí se les consultó y la llevaron á Paris, pero
dijeron que no se podia conseguir nada.

—Pero eso no bastaba; y cuando os fué devuelta ó entregada
(no quiero mezclarme en vuestros secretos), era preciso que hubié-
rais hecho algo: no solo en Paris es en donde se encuentran médi-
cos entendidos y amantes de la ciencia.

—¿Y cómo podría buscarlos un pobre diablo como yo? Ni sé en dónde encontrarlos, pues jamás he podido vivir en las ciudades: esas casas alineadas simétricamente y unidas unas á las otras me ahogan: allí no se puede respirar; necesito el aire libre, el movimiento, el techado de las selvas, la casa de Dios, por último, que es la soledad del campo: cazador furtivo sí, esa vida es la mía; tocar mi escopeta, aspirar el olor de la pólvora, disfrutar del viento, del rocío y de la nieve: la lucha, la libertad, en fin, esto es ser feliz como un rey.

—Pues bien, ahora que sin buscarme me habeis encontrado, y que por vuestras palabras creo adivinar que la Providencia lo ha dispuesto así, ¿me dejareis ver á la infeliz niña?

—¡Oh, Dios mío! sin duda alguna.

—¿Es una niña?

—Si lo he dicho, me he equivocado: es un animal inundo, que nos cuesta mucho hacer que esté limpio; pero entrad si gustais, ahí está; miradla.

Y levantando la cortina de sarga mostró con la mano una criatura inerte, encogida y que rodaba sobre un mal jergon.

Jacobo contempló tristemente aquel sér y se estremeció de lástima.

Era una de esas naturalezas privilegiadas que se conmueven ante toda clase de infortunios y en presencia de los séres envilecidos, pues cuanto más humillada veía á la persona, más se sentía inclinado hácia ella por el magnetismo del corazón.

La idiota ni aun se fijó en la presencia del doctor: con su mano indolente y floja, como si no tuviera articulaciones, acariciaba al perro: parecía que los dos se entendían, si no por el pensamiento, á lo ménos por el instinto, y que se inclinaban uno á otro por la sublime ley de atracción; solo que el perro gozaba de todas sus facultades y la niña no.

El doctor reflexionó largo tiempo; se sentía atraído hácia aquel sér que apenas tenía conciencia de que existía.

La niña lanzó un gemido.

—Sufre, murmuró; la falta de sentimiento, sería un dolor; sí, porque todo aspira á la vida; es decir, á la inteligencia.

El cazador entonces sacudió dolorosamente la cabeza, mostrándole á la idiota.

—Ya lo veis, señor, poco hay que esperar de una niña que ni siente, ni entiende. Ni mi madre ni yo hemos podido hacer que sostenga una rueca, á pesar de que tiene ya siete años.

—Se ocupa del perro, se dijo el doctor.

Y aquel impulso de simpatía que demostraba la niña por el animal, fué para Jacobo Merey la base de un plan curativo.

—Verdad es que se ocupa del perro, pero nada más; repuso el cazador.

—Esto basta, replicó Merey pensativo; ya encontré la palanca de Arquímedes.

—No sé lo que quereis decir, y mejor quiero mi escopeta que la palanca de nadie; pero si llegarais á despertar el entendimiento de esta niña, tanto mi madre como yo os consagrariamos eterna gratitud; porque aun cuando nada nos toque la queremos, añadió el cazador dándose golpecitos en el muslo. La costumbre, continuó, viéndola diariamente, hemos concluido por tenerle afición, por más que sea tan repugnante; ¿no es verdad, pequeña? Ya lo veis, ni aun se fija en mi voz.

—No, pero ha oído y reconocido al perro; es suficiente para mí.

Jacobo Merey ofreció volver, y llamó al perro, porque sin él dudaba encontrar el camino de su casa.

Pero el inteligente animal llegó hasta la puerta, y sacudiendo la cabeza volvió al lado de la niña, fiel más bien á la antigua amistad que á la moderna.

El doctor se detuvo y reflexionó.

La persistencia del perro para con la niña eran indicios preciosos para el médico.

Reflexionó que si se dedicaba á la curación de la pobre idiota serían necesarios grandes y continuos cuidados, invenciones cotidianas, recursos de imaginación, y además sentía piedad profunda por aquel sér que no tenía en la naturaleza valor ninguno, que representaba la *nada* de la inteligencia y de la materia en el centro de los séres animados que *pensaban* y se *movían*.

Jacobo Merey no habia creado nada, á pesar de haber hecho tentativas, pero aspiraba á formar un sér á semejanza suya.

La vista de aquella niña idiota, en la cual no se encerraba nada de humano más que la materia, renovó sus ensueños.

Se enamoró, como Pigmalion, de una estatua, no de mármol, pero inanimada, y quiso animarla como el estatuario.

Habiéndose encontrado en circunstancias particulares, el doctor habia podido estudiar, no solo las costumbres de los hombres, sino tambien los instintos é inclinaciones de los animales.

Voluntariamente habia abandonado la sociedad para dedicarse á la naturaleza y acercarse á los inferiores que la pueblan, persuadido de que los animales encierran bajo una cubierta grosera un átomo de divino flúido, aunque relativo y diferente al que nos anima.

Consideraba la creacion como una familia inmensa, en la que el hombre no era el rey, pero sí el padre, y en la cual habia mayores y menores, estos bajo la tutela de aquellos.

Habia observado con frecuencia, con ese interés que se alberga en los talentos profundos, que todo incidente, por insignificante que parezca, es la base muchas veces de grandes acontecimientos en el porvenir.

¡Cuántas veces habia sorprendido los juegos de un niño y de un perro!

Los sonidos inarticulados que lanzaban mezclados con sus juegos y caricias, le hacian creer que la criatura procuraba entender el idioma del animal y este á su vez el del niño.

De todos modos, se comprendian, se entendian y se comunicaban sus primitivas ideas, que encierran más filosofía y más verdad que todo lo escrito por Platon y Bossuet.

Contemplando á los humildes de la creacion, viendo la inteligencia y dulzura de unos y la mansedumbre de los otros, comprendia que existia entre ellos y el Todopoderoso un lazo.

¿No fué para que participaran de la bendicion universal, que desciende de los cielos en la santa noche de la Natividad, para lo que Jesucristo, tipo de humildad, quiso nacer en un pesebre? El Oriente, del que Jesús estaba tan próximo, ¿no tiene la creencia de que el

irracional es una alma dormida, que más tarde se despertará hecha hombre, para despues tal vez tornarse Dios?

En un momento, tan múltiples pensamientos, resumen de la historia y de las cavilaciones de Jacobo Merey, se presentaron á su imaginacion, comprendiendo que si el perro no queria separarse de la niña, era porque no debian alejarse uno de otro.

Además, aunque sus visitas fueran fijas, no podrian ser sino de dos en dos dias, y como, segun su opinion, era preciso un cuidado asídúo, una vigilancia continua, para sacar aquel sér de las tinieblas en las cuales yacia, el doctor tomó su resolucion, volvió á entrar en la choza, y dirigiéndose al cazador y á su madre, les dijo:

—Buenas gentes, por segunda vez os repito que no quiero saber el secreto concerniente á esa niña; sin ninguna duda habreis hecho todo lo que era posible hacer por ella, y no habeis engañado á los que os hayan hecho ese depósito: ahora me toca á mí.

Dadme, ó más bien, prestadme esta criatura: aquí es una carga inútil: la cuidaré y procuraré devolveros una niña inteligente, en lugar de esa masa muda é inerte, y podrá ayudaros y tomar parte en vuestros trabajos, en vuestras penas ó alegrías.

La madre y el hijo cambiaron una mirada y se retiraron al fondo de la choza, haciéndose en voz baja algunas reflexiones y poniéndose de acuerdo: despues el cazador se adelantó al doctor y le dijo:

—Es indudable que os encontrais aquí por intervencion divina, puesto que ha sido el perro á quien creiamos muerto el que os ha conducido. Llevaos á la niña, y si el perro desea seguiros, dejad que la acompañe; la mano de Dios está palpable, y seria una imprudencia oponerse á su santa voluntad.

El doctor sacó su bolsillo y lo puso encima de la mesa con lo que contenia: envolvió á la niña, y salió seguido por el perro, quien entonces, no solo no retrocedió, sino que caminaba delante yendo y viniendo, loco de alegría, olfateando y dando golpes con la cabeza en el cuerpo de la niña, despues de lo cual salia corriendo, ladrando, como un heraldo que anuncia gozosamente la victoria de su general.